

El barrio urbano de la Plaza del Monasterio cobrará con la construcción de la plaza de toros un nuevo brio y un nuevo color. Iguales a los que ya tuvo cuando a dicha zona cupo el honor de albergar aquella gloria guixolense que fué el campo de deportes de nuestro célebre Ateneo Deportivo. Hay que ver lo que hoy el barrio luciría, si además de ser depositario del rito de todas nuestras manifestaciones religiosas, hubieran igualmente coincidido en su recinto, el ruedo que ahora se construye y el campo deportivo que un día se nos fué.

Es verdad que nuestro balance actual baraja cifras y realidades nunca soñadas. Pero ninguna de ellas, con ser todas muy magníficas y estimadas, nos compensa ese lastre que seguimos arrastrando en el pasivo, desde el día en que fué tristemente liquidada una de las primeras instalaciones deportivas que se contaban en la provincia.

Pero lo que en su recuerdo más nos entristece, y al igual que la pérdida en sí, es la nula voluntad de no intentar siquiera recuperarla. El grave error que en su día fué perderla, continua latente y manifiesto en esa desgana que manifestamos para todas las cosas importantes que requieren un esfuerzo.

Sabemos que la tarea es árdua y que no puede resolverse sin meter en el asador toda la carne que haga falta. Intentémoslo por lo menos, que cosas mucho más difíciles logró la ciudad el día que seriamente se lo propuso.

SAN FELIU
DE GUIXOLS
31 MAYO 1956

Ómnicoza

Correo de las
LETRAS

Crítica de un libro no leído

"LA CATIRA"

«La catira», de Camilo José Cela, es desde luego una obra que ha armado mucho ruido, no sé si como las nueces. No lo he leído. El libro, presentado por Editorial Noguer, S. A., portada blanca, envuelto en celofán, con potros en gris, lápiz de Ricardo Arenys, tiene un singular atractivo. Pese a su encuadernación en rústica, invita a cogerlo, a guardarlo entre las manos; tienta a la caricia. Calidad que no cumplen todos los libros. Hay libro que nuestras manos rechazan de una manera instintiva. Rostros ingratos que odiamos mirar. Algunas veces, la solución es fácil. Arrancamos la sobrecubierta, esas sobrecubiertas horribles a tecnicolor que parecen haberse adueñado hoy del mercado, y después de esta primera providencia, el libro ya nos parece más amigo, ya no reta nuestra imaginación. Sus tapas uniformes son simplemente silencio; silencio expectante, preludio al gesto de abrir el libro. Portalón a la lectura, al espíritu, al alma de la obra.

«La Catira» tiene el rostro simpático. El papel de celofana sugiere asepsia, y las letras rojas sobre el blanco son un grito que rasga el silencio, pero con gracia. Grito que es invite. Como lo son también los comentarios escritos acerca del libro: los ecos de Venezuela, los propios de nuestra prensa. Gustó aquí, y fué criticada allá. Mereció el Gran Premio de la Crítica, recientemente en Zaragoza, y en Venezuela la repulsa de los académicos y de los no entendidos. Repulsa que afecta a la forma, no al contenido de la novela. Elogios que no afectan al léxico, sino a la contextura, a la técnica del desarrollo. «La Catira» está escrita con una sobreabundancia de venezolanismo tal, que llegan a empañar la meridiana claridad del castellano. Al final del libro, se da fe de 896 fichas de palabras no castellanas. Excuso decir al lector que frecuentemente deberá interrumpir su lectura, para consultar el diccionario inserto en las últimas páginas. Catira. ¿Qué significa catira o catire? Per-

sona rubia, de piel blanca, caballo albino. Mestizo con rasgos acusados de su ascendencia blanca, aunque sea de pelo negro. ¡Bien! Ya estamos en posesión de la protagonista. Mestiza altiva, patentes las características de sus antepasados blancos. ¡Adelante!

Página primera. Veinticuatro líneas. Araguato. Atapuzó. Juraco. Jejenes. Jiedes. Temiga. Birriondo. Cucambeo. Corotos. Orúo. Mocho. Un marrón.....

Perdón, Camilo; quizá te lean los sudamericanos y los españoles sobrados de tiempo. ¡Yo no puedo con tu obra! Yo que te admiro como prosista, como estilista, no puedo con tu «CATIRA»! Será muy hermosa, no lo dudo; pero aguantar trescientas sesenta y siete páginas con ese vaivén de pelota de tenis, ora delante, ora detrás del libro, para comprender una jerga que no entiendo, no está de acuerdo con mis prisas, con mi escasez de tiempo, con la urgencia de mis relojes. Lo lamento. Me conformaré con saber que los venezolanos no estuvieron de acuerdo contigo, que te llamaron osado por tu intento de asimilar su léxico en unos pocos meses de estancia en sus tierras. Intento, según ellos, fracasado; mezcla horrible de palabras y ambientes distintos. Me conformaré con saber que nuestra prensa ha elogiado sin medida tu novela, que en Zaragoza la creyeron la mejor de las mejores. Confieso que no la leere nunca. Sus tapas blancas, su título en rojos, los grises potros de Arenys, seguirán tentándome bajo el brillante celofán, y mis manos se alargarán en el ansia de una caricia. Pero el libro sólo será un rostro, para mi, no llegaré a su alma, no llegaré a su espíritu. ¿Comodidad o protesta? Hay alardes que ofenden. No del todo a ciegas, rubricaría la opinión de la prensa de Caracas sin acusar a los jueces que vieron en «La Catira» un Gran Premio.